

HISTORIA ¿PARA QUE?

HISTORIA PARA COMPRENDER EL PASADO Y DETERMINAR EL PRESENTE

Pero ocurre que el pasado, antes que memoria o conciencia histórica, es un proceso real que determina el presente con independencia de las imágenes que de ese pasado construyen los actores contemporáneos de la historia. Al revés de la interpretación del pasado, que opera desde el presente, la historia real modela el presente desde atrás, con toda la fuerza

a multiforme y prodigiosa de la totalidad de lo histórico: volcando sobre el presente la carga múltiple de las sedimentaciones acaecidas, transmitiendo la herencia de las relaciones e interacciones del hombre con la naturaleza, prolongando fragmentos o estructuras completas de sistemas económicos y formas de organización social y política de otros tiempos, introduciendo en el presente las experiencias y conocimientos que de su obra ha ido acumulando el hombre en el pasado.

Sin embargo, el estudio científico de la *realidad histórica* que actúa sobre el hombre y es producto de su misma acción apenas comenzó en el siglo XIX. Antes de ese siglo hay un saber histórico, una conciencia de lo histórico y diversas formas de captar y explicar el devenir, pero no una reflexión científica, sistemática, acerca del porqué de los hechos históricos, apoyada en técnicas y procedimientos creados y dirigidos a responder a esa pregunta. A partir de la pregunta sobre el sentido de los hechos históricos y de la preocupación por explicar por qué los hombres entran en relación entre sí y con la naturaleza para crear, desarrollar y transformar su medio y sus formas de organización, el qué ocurrió, cuándo, dónde y cómo ocurrió empezaron a transformarse en técnicas rigurosas para ubicar los acontecimientos históricos, establecer su autenticidad y descubrir sus relaciones y sentido profundo.

El desarrollo de esta nueva comprensión de lo histórico comenzó cuando simultáneamente se desacralizaron y racionalizaron los elementos básicos del acontecer humano: el carácter temporal y terreno de las acciones humanas; el carácter real, irreversible e irrepetible de lo ocurrido; los nexos y relaciones causales de un hecho con otros; la inteligibilidad de los hechos históricos y la necesidad científica y política de explicarlos para comprender su acción en el pasado y aumentar la capacidad de los hombres para dominarlos en el presente.

Desde el momento en que las acciones humanas perdieron el sentido sobrenatural, sagrado o providencial que durante mucho tiempo se les había atribuido,¹ desde que fueron consideradas como hechos profanos que ocurrían en un lugar preciso y en un tiempo determinado, nació la moderna y actual concepción del devenir humano como despliegue de la acción del hombre en el tiempo, desde el pasado hacia el futuro. Es decir, desde entonces se entiende que

¹ Sobre estas concepciones véase S. G. F. Brandon, *History, time and deity*, Nueva York, Manchester University Press, 1965

las acciones del hombre forman parte de un solo proceso que las integra y forma con ellas el tejido del acontecer, la sucesión de hechos pasados ligados con los presentes y futuros. Parte de un solo proceso, los hechos humanos adquieren sin embargo su singularidad y especificidad al manifestarse en el devenir, al ocurrir en tiempos y lugares diferentes que los hacen distintos, irreversibles e irrepetibles.²

Despojado de elementos supraterráneos o metahistóricos, el acontecer humano cobró el sentido de un suceder real y legible, el tiempo se transformó en un producto de la historia —de los hechos humanos—, en un devenir susceptible de ser conocido, verificado y explicado en función de razones humanas y por medio de técnicas y conocimientos adecuados a ese propósito.

Un adelanto considerable en la verificación de los hechos y en el mejoramiento de la lectura de lo acaecido lo dio el historiador Leopold von Ranke (1795-1886) al someter los documentos y tradiciones heredadas a un severo escrutinio para discernir su origen, develar los fines expresos u ocultos de sus creadores y descubrir las alteraciones que habían operado en ellas sus sucesivos lectores. Al mismo tiempo emprendió una búsqueda desusada de fuentes originales con la idea de crear un registro más amplio y fidedigno del pasado. Con la exhumación de nuevos testimonio y la disposición de instrumentos críticos para autentificarlos se pensó que el historiador podía explicar el sentido real de los acontecimientos y evitar apreciaciones erradas o subjetivas, pues la abundancia de las fuentes y la crítica rigurosa de ellas permitiría 2mostrar lo que realmente ha sucedido”. Sin embargo, al no vincular la incorporación de nuevos testimonio y la crítica exigente de los mismos con un marco explicativo que diera cuenta de las relaciones de los hechos entre sí y de su sentido, los seguidores de Ranke —mucho más que él mismo— convirtieron a lo histórico en un árido amontonamiento de datos y al historiador en un reproductor de los archivos.

Como un ejemplo más de que el conocimiento histórico —lo mismo que el proceso histórico real— no procede comúnmente en forma acumulativa y progresiva, debe recordarse que Marx, décadas antes, había *realizado una renovación del método histórico*. Partiendo de una realidad concreta —el capitalismo industrial inglés—, aplicó a ella las técnicas de investigación y control de los datos más rigurosas de su época, distinguió jerárquicamente los procesos fundamentales que originaban y producían el capital, estableció las relaciones dinámicas y estructurales de la producción capitalista con las clases y la sociedad y compuso con todo ello una teoría —un modelo— del modo de producción capitalista, que es una abstracción fundada en la realidad histórica, y una *explicación razonada* de esa realidad. En palabras de Schumpeter, 2Marx fue el primer economista de gran categoría que reconoció y enseñó sistemáticamente cómo la teoría económica puede convertirse en análisis histórico y cómo la exposición histórica puede convertirse en historia razanada².

² Para una explicación más detallada de esta concepción de lo histórico, véase François Chatelet, *El nacimiento de la historia*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 3-18.

Esa metódica reconstrucción histórica y esa elaborada explicación de las causas, efectos, relaciones y construcciones económicas y sociales que conformaron el capitalismo de esa época, partieron de la noción fundamental de que la realidad histórica es una realidad inteligible, coherente y estructurada, susceptible por tanto de ser pensada, penetrada y explicada científicamente.

Marx pensó la realidad histórica como una totalidad dotada de coherencia interna, en la cual cada una de sus partes condiciona y transforma a las demás, a la vez que cada parte es condicionada y transformada por el todo. Esta concepción lo llevó a construir un instrumento teórico —e modo de producción— capaz de captar la realidad social en su conjunto, a diferencia de los economistas anteriores —y posteriores— que sólo elaboraron instrumentos analíticos para examinar problemas exclusivamente económicos, y de los historiadores, hasta entonces absorbidos por la acumulación de datos para documentar procesos desvinculados entre sí. En suma, Marx concibió lo histórico como una totalidad dinámica, hizo de la investigación de los hechos concretos la base de todo punto de partida riguroso del conocimiento, y de la teoría el instrumento indispensable para penetrar con profundidad y coherencia en la realidad histórica. Al contrario de la muy extendida práctica de muchos “marxistas”, Marx asumía que la teoría sólo puede aprehender la realidad cuando ésta está presente en el análisis, cuando se ha asimilado en detalle la materia investigada”. Y correlativamente, sólo cuando el investigador dispone de un marco explicativo general del desarrollo social, puede liberarse del empirismo y extraer del cúmulo de datos explicaciones generales del desarrollo histórico.³

Como sabemos, después de Marx la historia y las ciencias sociales siguieron un camino opuesto a las líneas de conocimiento que él había practicado. Todas se volvieron *disciplinas*: artes o ciencias especializadas, con “campos de estudio”, métodos y fines reducidos, con declarados contactos formales (“ciencias auxiliares”), pero sin verdaderos vasos comunicantes que las nutrieran mutuamente. La economía dejó de pensarse históricamente y se refugió en la teoría pura. La exposición histórica dejó de ser historia razonada y se transformó en una sucesión de hechos trabados cronológicamente alrededor de un tema. La totalidad de la realidad social —histórica y contemporánea— se fragmentó en partes y “territorios” cuyas fronteras cada especialidad guardó con celo de propietario. En lugar de la recíproca interacción entre la investigación de la realidad concreta y la formulación teórica de los resultados, la disciplina histórica se transformó en una acumulación de datos empíricos y la economía en una exposición de conceptos. Como señala Pierre Vilar, en el fondo de esta reacción intelectual había una concepción estática del acontecer humano, una negativa a pensar históricamente el desarrollo social y una creciente tendencia a subjetivizar el razonamiento científico, que en la disciplina histórica culminó en el historicismo:

³ Pierre Vilar explica y debate las aportaciones de Marx a la formación de una historia científica en 2Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser, en Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, México, Secretaría de Educación Pública, SepSetentas, 280, 1976, pp. 103-159.

en la idea, según Dilthey, de que la realidad histórica no existe por sí misma, pues sólo es reflejo de la “espiritualidad” del historiador, quien sucesivamente va cambiando la imagen del pasado conforme se modifica su espiritualidad.⁴

Fuente: Florescano, Enrique, et al “Historia ¿para qué?, Ed. Siglo XXI, México 1980, pags. 104-115. Capítulo: *De la memoria del poder a la historia como explicación.*

⁴ Véase “Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias”, en Pierre Vilar, *crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Barcelona, Ariel, 1964, pp. 475-478.